

¡BISA, CUÉNTANOS UNA HISTORIA DE OSOS!

Kenneth y Dorothy eran dos primitas que vivían en el Valle de San Joaquín, en el centro de California. Con frecuencia iban a visitar a la abuela, que vivía cerca, y a veces encontraban allí a la bisabuela, ya con sus noventa y cinco años de edad.

En una de esas visitas, cuando se encontraban en la acogedora sala de estar, alguien sugirió que la bisabuela contara una historia.

Entonces todos los niños apoyaron la idea:

— ¡Oh, sí! ¡Cuéntanos una historia de osos!

Todos se sentaron alrededor de la bisabuela, unos en sillas, otros en el suelo, y algunos en la falda de la abuela, para oír una historia que para la mayoría de los niños era la mejor de todas, la verdadera historia de un oso.

— Bien —dijo la abuela—, mi historia sucedió hace ochenta y cinco años, cuando era apenas una niñita y vivía muy lejos de aquí, en Canadá. Vivíamos en una casa de madera, y hacía mucho frío, especialmente en el invierno, ya que caía mucha nieve.

Relativamente cerca había un gran bosque de donde sacábamos madera, y los vecinos más cercanos estaban a varios kilómetros de distancia. No teníamos las ricas frutas y verduras que ustedes tienen aquí, en California; comíamos casi únicamente pan, leche, carne, y papas. Los hombres cazaban mucho para conseguir carne. Papá tenía un rifle y con frecuencia iba a cazar, trayendo a casa un venado, o una perdiz o algún otro animal, que todos nosotros apreciábamos mucho.

Recuerdo que cierta mañana de pleno invierno papá salió con sus largas raquetas (zapatos) para nieve, acompañado apenas por su perro. Mi hermana y yo quedamos en la puerta, acompañándolos con la mirada hasta perderlos de vista a lo lejos, en el inmenso bosque.

Por la noche, al llegar a casa, papá nos contó sus aventuras de aquel día.

El perro había corrido delante, para arrinconar algún animal con el objeto de que papá lo pudiera matar; sin embargo, daba la impresión de que todos los animales parecían estar alertas. Todas las ardillas y hasta las pequeñas aves huían rápidamente, tratando de escapar de la muerte.

Finalmente, el perro fue atraído por algo que estaba debajo de un viejo tronco hueco, y se puso a ladrar y ladrar, como pidiéndole que saliera afuera. Papá fue a ver por qué estaba tan alborotado.

Entonces vio en el suelo un hueco y oyó un ruidito que parecía venir de adentro.

Papá buscó una vara larga, le puso un gancho en la punta, y la introdujo en el hueco. ¿Qué piensan ustedes que salió de allí? Un oseño, recién nacido, acabando de abrir los ojos. Papá pensó, entonces, que debía llevar el oseño a casa como una mascota para sus dos hijitas.

Colocó el oseño dentro de su capote, para conservarlo calentito, y al llegar a casa llamó:

"_ ¡Cinda! ¡Ann! ¡Vengan de prisa para ver lo que tengo dentro de mi capote!"

Nos sentimos muy contentas, porque no teníamos muchos animalitos ni juguetes.

Le dimos leche, y preparamos una caja para que durmiera frente a la estufa, donde se sentiría siempre calentito. Pero de noche, cuando el fuego estaba ya casi apagado, el animalito sintió frío y comenzó a lamentarse por la falta de la madre. Cinda y yo, que no estábamos acostumbradas a ese ruido durante la noche, nos despertamos. Sentimos tanta pena por el oso que nos levantamos y lo llevamos a nuestra cama.

Pasaron los días y las semanas, y nuestro compañero crecía rápidamente. Jugaba con nosotras, y nosotras con él, y le pusimos Jack como nombre. Era muy listo, como lo son los oseños. Cuando cumplió un año tenía ya un buen tamaño, y era peludo y rudo, tan rudo que a nosotras, las niñas, nos daba miedo jugar con él; pero los muchachos del vecindario venían a hacerlo, fuera del agujero donde acostumbraba dormir semanas enteras, chupando su pata.

Ellos encontraban gracioso cuando el oso se enojaba y trataba de morderlos. Papá lo mantenía atado con una cadena, para que no hiriera a nadie.

Un día oímos un gran ruido en el cuarto donde se guardaba harina, el azúcar y otras cosas; y cuando mamá fue a ver, ¿qué creen ustedes que encontró? El malcriado oso había trepado al tejado de la casa, y había entrado por una ventana, y todo feliz, estaba arañando y royendo el barril de azúcar.

Como estaba decidido a no salir, mamá tomó una vara larga (pienso que era un cabo de escoba) y la introdujo en la garganta del oso. Finalmente safio, pero se enojó tanto que disparó al matorral, donde permaneció durante varios días. Se comportaba igual que algunos niños, ¿verdad?

Jack vivió con nosotros aproximadamente tres años, y entonces papá y mamá creyeron que incomodaba mucho y, por eso, lo vendieron por diez dólares a un circo; pero nosotras quedamos realmente tristes cuando nuestro Jack se fue de casa.